

Al son de la modernidad. Cambios en los bordes del campo y la ciudad: las temporeras

Ximena Valdés S.

Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM)

Las mujeres, la mujer chilena, la mujer, son categorías sociales demasiado amplias para significar algo. Por ello, pobladas por el vacío. Proponemos una mirada hacia las temporeras, sector específico y expresión —en cuanto es un sector emergente que surge al son de la modernización—, de la pugna entre adaptabilidad, resistencia y cambio, tradicionalismo y modernidad. Se trata de una mirada al mundo de las temporeras, en su relación con los procesos de cambio, la economía y el Estado, el mercado de trabajo, la familia, la vida cotidiana, en el marco de la modernización agraria.

Enormes son las cuentas pendientes de esta modernización. Sobre todo porque las exportaciones de fruta crecen vertiginosamente sin que aumenten los salarios ni mejoren las condiciones de trabajo y de vida de los/as trabajadores/as.

La transición también ha dejado la deuda pendiente. Al parecer, los costos de la modernización van a saldarse con tarjeta de crédito, tal como hacen las personas en su angustiosa búsqueda de integración por la vía del consumo.

Sin embargo, las cuentas y saldos pendientes no son la única expresión de la integración de las mujeres al mercado de trabajo frutícola. Parecieran existir otros elementos en el balance de la modernidad. Así, la proletarianización de las mujeres expresa con sigilo mutaciones en otros planos: la familia, la vida cotidiana, las personas.

No es fácil definir lo que ocurre en el ámbito cultural; sin embargo, el esfuerzo por aproximarse posibilita nombrar algunos de los elementos de este cambio. En el intento, nos aproximamos a buscar pistas para resignificar nuestro nuevo sello de país moderno.

Dos son los problemas que queremos abordar en este artículo:

(1) Cómo se va modelando un sujeto social que es producto del proceso de globalización de la economía mundial y de la subordinación de nuestra economía a este proceso, y cuáles son los impactos culturales de esta incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo. En nuestra hipótesis, el proceso adaptativo que viven las mujeres está rodeado por elementos de cambio y resistencias, cuyo producto es una mutación en las relaciones entre hombres y mujeres, en especial al interior de la familia y las empresas.

(2) La pertinencia de la hipótesis de que, así como en el período de sustitución de importaciones el campesinado fue sacrificado al proceso de industrialización, en la versión moderna del sacrificio hoy lo es al mercado y su economía social. Con la particularidad de que, en el presente, las mujeres tienen una importancia considerable y, por lo tanto, configuran parte significativa de sus víctimas.

Mujer en el camino, señal de cambio

El cambio al que nos queremos referir no es que las mujeres campesinas, aldeanas, pobladoras, en el pasado —antes de que el dinamismo de la fruticultura trocara sus vidas— hubieran estado confinadas a sus hogares, sino la masividad de la salarización femenina en el presente.

En los ochenta, la temporera aparece como figura notoria en el espacio indefinible de un mundo que cambia. Es en parte el campo, pero a la vez no lo es. Es un poco la ciudad, pero es más bien la frontera entre el fin de la urbe y el comienzo del camino. Es el espacio que existe entre aldea o villorrio, población

y packing de fruta; es el camino el que muestra los desplazamientos cotidianos de las mujeres desde sus hogares (rurales, pueblerinos, aldeanos, ciudadanos) hacia las plantaciones y embaladoras de fruta.

Los traslados de las mujeres en el camino de la casa al lugar de trabajo están marcados por las estaciones: en primavera, por la mañana y al final de la tarde; en verano, desde temprano hasta el final de la noche. Muy a menudo, la madrugada encuentra a las temporeras de vuelta a la casa, y así, la calle o el camino se tornan en lugares poblados de mujeres, exhaustas, cansadas, libres, alegres, preocupadas, temerosas muchas veces de encontrar, de vuelta a la casa, un hombre que expresa disconformidad por su ausencia, a veces a golpes, mediando los celos, las inculpaciones de libertinaje.

Los espacios femeninos en los lugares de trabajo, en los caminos, muestran a la vez el sacrificio que significa para las mujeres el salir a trabajar, pero también el despliegue de libertad, sensualidad, sexualidad popular que, en última instancia, no sigue los cánones de la moralidad concebida de manera eclesial o civil, de formas de vida —y tal vez sólo de discursos— que están, muy a menudo, en otra parte.

Fijada la mirada en el camino o la calle, las temporeras comenzaron a poblarlas, a pie, en bicicleta, colosos o camiones, buses, al son de las exportaciones de fruta, evidenciando así mutaciones profundas en la vida de un sector numeroso de mujeres de nuestro país.

Las transformaciones en el paisaje rural y en este *hinterland* entre el campo y la ciudad son manifiestas. Porque la historia social rural no registra tan numerosos lugares de trabajo para mujeres, lugares en donde se construye una nueva sociabilidad, nuevas relaciones entre hombres y mujeres y, como producto de ellas, nuevas tensiones y conflictos.

El sólo numerar la cantidad de packing de fruta construidos en el medio rural, a la vera de los caminos, a lo largo de carreteras, da una imagen de las alteraciones que ocurren en la vida de las mujeres, ya que esta misma cantidad de embaladoras de fruta, de plantaciones, es la que conduce a incrementar el trabajo asalariado de las mujeres.

Cuándo los campos de trigo, los maizales, los campos de maravilla, las viñas, con amarillos y verdes que homogeneizaron el paisaje, fueron trasgredidos por las moles de embalaje de fruta violetas, morados, naranja, rosados, azules, ¿qué ocurrió con la gente?

Este espacio entre pueblos y ciudades, tenue frontera entre el campo y la ciudad que hoy está poblado de plantales de fruta, trajo consigo un cambio en la vida de las mujeres de origen campesino con poca y sin tierra, y de sectores poblacionales de migración campo-ciudad no tan antigua.

La desertificación de los caminos es un asunto otoñal y de invierno. En efecto, a diferencia de la primavera y verano, el otoño y el invierno retrae a las mujeres, nuevamente, al espacio de sus hogares, del liceo o del barrio, dado el fin de las faenas de la fruta. Se prolonga así la permanencia en la casa o sus espacios más próximos. Menos fatiga quizás, pero a menudo mayor aburrimiento y, de toda evidencia, menos dinero. Sin duda, tranquilidad porque los hijos no están arrojados a la suerte de la calle, los accidentes domésticos, la drogadicción, el alcohol. Tiempo de vuelta a clases para las jóvenes, estación de buscar otro trabajo, “pololos”, lavados, cosechas de hortalizas, para las mujeres que deben recorrer el año en la búsqueda de sustento. Versión actual de la mujer sola, abandonada por el hombre tarambana, figura tan corriente en nuestra historia.

Las mujeres en el mercado de trabajo de la fruta

En la temporada todo se hace corriendo, apenas se duerme, se come rápido y no queda tiempo para regalinear o escuchar a los niños. Algunas pensamos en que esto influye en que muchos adolescentes se metan en la drogadicción y en la delincuencia, porque la madre y el padre ocupan demasiado tiempo en conseguir la subsistencia. Esta tarea —empacar— se hace a trato, pagan 20 pesos por caja. El horario es de la una de la tarde hasta las 4 o 5 de la mañana. La que es rápida puede sacar entre 80 y 100 cajas ... la familia sufre las consecuencias de estos turnos. En la práctica, hay mucho conflicto familiar.¹

La fruticultura, como sabemos, es una de las perlas del modelo de economía social de mercado, y esto se expresa en las vertiginosas tasas de crecimiento de las superficies plantadas con frutales,

especialmente uva de mesa, en los volúmenes exportados, en los dólares que ingresan al país por ventas en los mercados internacionales.

La expansión de tal actividad provocó una feminización del mercado de trabajo, vale decir, alteró su composición por sexo. En 1955, las trabajadoras de temporada eran el 5,6 por ciento del total de la fuerza de trabajo temporal;² en 1991, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo alcanzó al 52 por ciento de los trabajadores temporales de la fruta.³

Producto del cambio en la composición por sexo del trabajo temporal, hoy día las temporeras de la fruta suman más de cien mil mujeres,⁴ dotación superior a la de las obreras fabriles.⁵

Modernización y exclusión social

Nosotras somos trabajadoras temporeras de la fruta y esperamos que les den solución a nuestros problemas, o por lo menos que los tomen en cuenta y no los dejen olvidados por ahí, como pasa la mayoría de las veces. Queremos darles a conocer las condiciones precarias en que trabajamos las mujeres temporeras, que atentan en contra de los derechos humanos.⁶

En efecto, existe una inadecuación dramática entre el dinamismo de la fruticultura y las limitaciones en cuanto a condiciones de vida y trabajo de las mujeres.

Las limitaciones en este sentido se deben al privilegio que el modelo económico otorga al crecimiento expresado en logros de la inserción de la fruta chilena en los mercados internacionales, modelo que deja para mañana el problema del desarrollo, mientras argumenta que este mismo crecimiento creará las bases para el mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

A la espera de tales resultados, a fines de los ochenta la distribución del ingreso en Chile era más regresiva que en Indonesia y Malasia, países que han seguido el mismo modelo agroexportador, pero en cuyo caso ha habido mayor intervención estatal.⁷

La situación de las temporeras es parte de una tendencia más global de la economía chilena, cual es la *salarización de la pobreza*.⁸ Esto quiere decir que el modelo económico genera empleo, pero lo hace en condiciones de flexibilización de las relaciones laborales, proceso que conduce necesariamente a bajos salarios, empleo temporal, precario, informalizado.

Si atendemos a los logros alcanzados a nivel de tasas de desempleo, que son muy bajas, encontramos un proceso de integración asalariada a los mercados de trabajo, con un reverso de la medalla que puede ser leído como integración flexibilizada, precaria, informal, lo que se traduce en deficientes condiciones laborales y de vida.

La expresión femenina de la flexibilización de las relaciones laborales

Para las mujeres, esta flexibilización se traduce en la temporalidad y en el hecho de que las contrataciones correspondan a la duración de las tareas. Así, cuando —por ejemplo— no hay uva cosechada, las mujeres no son pagadas, pues el sistema de trabajo es a destajo y las remuneraciones resultan de la cantidad de cajas limpiadas o embaladas.

No obstante la flexibilización de las relaciones laborales, la precariedad y la informalidad que son características al mercado de trabajo frutícola, este mercado laboral tiene particularidades.

En primer lugar, el mercado de trabajo de la fruta está circunscrito entre dos fronteras: entre el valle de Copiapó por el norte, hasta Curicó por el sur, de manera tal que los fenómenos de proletarianización de las mujeres tienen una expresión espacial.

En segundo lugar, muchos de estos fenómenos expresan una diferenciación genérica, vale decir, adquieren formas distintas para los hombres y las mujeres. Por ejemplo, del total de mujeres asalariadas en la agricultura en el país, el 91 por ciento se concentra entre estas dos fronteras; los hombres temporeros, por su parte, están mejor repartidos a lo largo del país, ya que sólo 69 por ciento del total de trabajadores temporales se ubica en la zona de los frutales.

Respecto de la estacionalidad, la temporada de la fruta se inicia entre septiembre y octubre, en función de la latitud. De este modo, las mujeres trabajan un máximo de seis meses por año; el trabajo se distribuye entre las labores o tareas en los huertos, en primavera, y tareas de acondicionamiento y empaque en las embaladoras (packing), en verano.

La proporción de mujeres que trabaja en los huertos es cercana a 30 por ciento del total de trabajadores, mientras la proporción de mujeres en los packing, respecto del total de la fuerza de trabajo de verano, llega a cerca de 80 por ciento.

En cuanto a las diferencias entre hombres y mujeres respecto de los días trabajados, los hombres logran trabajar más días por temporada que las mujeres, lo que conduce a que, para las mujeres, los períodos de cesantía sean 59 por ciento más largos que los de los hombres (164,2 días de cesantía para las mujeres y 103,6 para los hombres).⁹

La precariedad e informalidad del mercado de trabajo se traducen en la falta de contratos, en el incumplimiento de las leyes laborales debido a la ineficacia de la fiscalización, en carencias previsionales y en las deficientes condiciones de trabajo, lo que expresa la *institucionalización de esta flexibilización*.

Una investigación¹⁰ detectó que sólo en 47,7 por ciento de los casos hubo contrato de trabajo, mientras 42 por ciento de las temporeras no lo tuvo.¹¹ A menudo, lo que ocurre es que las trabajadoras firman los contratos en blanco o establecen sólo acuerdos verbales con los empleadores. Esta informalidad en los contratos laborales las hacen muy vulnerables a los despidos sin aviso, a lo que se suma la indefensión respecto de los accidentes del trabajo y enfermedades profesionales,¹² la falta de previsión y el hecho de no poder organizarse sindicalmente.

A los aspectos señalados se les suman otros —los horarios, y el sistema de remuneraciones a destajo—, que explican y condicionan las largas jornadas laborales. Estas características de los sistemas de trabajo obligan a las mujeres a hacerse de un salario a costa de la extensión e intensificación de la jornada de trabajo.

En general, las mujeres trabajan ocho horas en el huerto, durante la primavera. Durante esta época del año normalmente se paga salario al día. No ocurre lo mismo en verano, cuando el trabajo se intensifica por la proximidad de los embarques de fruta. Tal situación se observa en los packing donde los horarios de trabajo se extienden desde ocho a dieciséis horas por día, y las remuneraciones asumen la forma de salario a destajo o trato. Generalmente, los mejores salarios coinciden con jornadas más largas de trabajo, a lo que se suma distintas remuneraciones por puesto de trabajo. De esta manera existen diferenciaciones salariales en función de la jerarquización de tareas. Así, el embalaje de fruta tiene una mejor remuneración por caja, seguido por el puesto de limpiadora y luego los puestos de etiquetadora, anotadora, etc.

Las mujeres hacen trabajo especializado mientras los hombres tienen acceso a trabajo calificado, lo que se refleja en diferente prestigio, diferentes salarios por hora, diferentes posibilidades para alcanzar una mayor movilidad laboral en las empresas.¹³

El proceso de trabajo de la fruta ve en la mano de la mujer su única herramienta de trabajo. El hogar se encargó de entrenar esa mano en tareas delicadas, minuciosas, meticulosas, lo que, por adquirido tan silenciosamente, tiene menor valor. Mientras tanto, los hombres aprendieron fuera de la casa a manejar un camión, a modular la temperatura de un frigorífico, tareas cuya calificación merece mejor salario y más estabilidad.

Condiciones de trabajo

Para las temporeras, el estar ocho horas en los predios agrícolas, aplicando hormonas y productos fitosanitarios, adecuando racimos y frutos, encaramadas en un piso, de cara al sol; el estar entre ocho a dieciséis horas de pie en un packing, limpiando, embalando fruta, etiquetando cajas, crea problemas posturales, várices, exposición al calor y al frío, al sol, a la humedad.

Por otra parte, existen evidencias de una sintomatología asociada a la exposición a los agrotóxicos en los predios, cuando los parronales y las plantaciones frutales son fumigados. Esto genera enfermedades

múltiples que no son consignadas como enfermedades profesionales y una tendencia al aumento de las malformaciones congénitas en los hijos de mujeres expuestas a las fumigaciones.¹⁴

Este aspecto, asociado a cefaleas crónicas, náuseas, vómitos, mareos, es un problema del cual el sistema legislativo, en lo que concierne a una normativa acorde con una forma de producción cuyas características son las de la integración de la agricultura a la industria química, no se hace cargo.

Una nueva experiencia: la empresa

Cerca de 80 por ciento de los trabajadores de los planteles de fruta son mujeres, y son mujeres que adolecen de una experiencia laboral anterior continua, a excepción, en muchos casos, del empleo doméstico asalariado o de labores agrícolas esporádicas y eventuales como jornaleras, o como ayudas familiares en las pequeñas propiedades rurales.

En el límite, se trata para ellas de trocar la experiencia de dueña de casa, de jornalera agrícola intermitente, de “nana” de un hogar citadino, por la de asalariada estacional.

Transitar del hogar propio o del hogar ajeno al packing, sin duda es una gran aventura. Cambiar una relación de sujeción más o menos servil de empleada; cambiar el trabajo de su casa en el campo, por una relación laboral con empresas, pobladas de otras mujeres, al menos significa transitar de una experiencia de aislamiento a lugares de trabajo poblados por hombres y mujeres, amplios espacios de convivencia y sociabilidad mixtos.

Hasta los años setenta, tal situación no existía. Hoy, el itinerario laboral de las temporeras, dependiendo de la edad, significa quince, diez, cinco años en la fruta. A dicho contingente de mujeres permanentemente se incorporan jóvenes, sobre todo en el verano, cuando se puede juntar dinero para el próximo año escolar o para abrirse camino a la modernización a través de los numerosos productos que ofrece el mercado.

Porque la temporera no sólo tiene en su horizonte la empresa y la familia, o el lugar abierto del camino que transita de salida y de vuelta a la casa. Tiene enfrente al mercado, que la somete al bombardeo del consumo; y éste —como el empleo— la integra socialmente, porque se viste mejor que la abuela o la madre en las tiendas de ropa usada o sin uso, se maquilla, usa “jeans”, porta un “personal stereo” —que usa al son de la limpieza y embalaje—, usa “Addidas” y tacos altos, manera de calzar que convive con la alpargata de la mujer mayor.

Como metáfora, podríamos decir que la vida citadina, sus ritmos, sus cadencias, sus construcciones, edificios, sus materiales, sus ropajes, una vida laboral que se asemeja a la de fábrica, comenzaron a introducirse en la sociedad rural —medio urbanizada—, como una cuña que alteró la cultura campesina. Propuso nuevas relaciones entre hombres y mujeres en los lugares de trabajo, en la calle y en los espacios más interiores de la sociedad: familia, pareja, vínculos con los hijos, comportamiento sexual y reproductivo, etc.

Colocando la mirada en los vínculos de las mujeres con las empresas, el mercado expresa, en las formas de pago, los niveles salariales y las condiciones laborales, su perversidad integradora.

El packing es el lugar privilegiado de las mujeres, donde ellas controlan simbólicamente los espacios laborales, donde son la inmensa mayoría, donde las temporeras de más edad tienen una radio-cassette con guarachas y, en la línea del lado, las jóvenes escuchan salsa o disco, mezcla de sonidos que muestra una convivencia laboral de madres e hijas, de jóvenes y adultas, solteras y casadas. Entonan diversos ritmos musicales a la par de la limpieza en cadena de la uva, de la cadencia urgente del embalaje: limpiar, embalar, anotar, etiquetar más cajas, porque de la intensidad y productividad dependerá el salario.

Las adultas se sienten cómodas con el delantal que homogeneiza y protege, mientras las jóvenes se esfuerzan por transgredir el disciplinamiento del uniforme, desabotonándolo para así mostrar su diferencia. Las mujeres ejercen un control intergeneracional, pero la salida al camino socava las bases materiales de ese control, porque unas deben irse a la casa y otras permanecen en el camino, lugar privilegiado de libertad.

¿Para qué migrar buscando las luces de la ciudad?

En la empresa, a la productividad se opone la pérdida de tiempo, esconderse en un baño para descansar un rato, distraerse conversando más de la cuenta porque el vigilante, el capataz, el “ministro” hacendal moderno luego vendrá a amonestar, a vigilar, a castigar. Sin duda, las jóvenes pueden tener más relajo en las faenas, porque no tienen bocas que alimentar como las mujeres adultas. Por tanto, ríen más y pueblan el packing de “hueveo”, mientras las mayores siguen las cadencias del trabajo en línea. Pero también, ¿por qué no sumarse, si se está en un espacio de mujeres atravesado por algunos pocos hombres depositarios de la imagen del padre o el marido autoritario?

Por los intersticios de las diferencias de edades, los hombres seducen, asedian, proponen. Las mujeres acceden, responden, ridiculizan la virilidad que suele ir de la mano de la autoridad. Porque a veces, el mejor trato se paga con un favor. Pero, también, los colectivos de mujeres revierten este moderno “derecho a pernada” en su favor, minusvalizando a los hombres y exponiéndolos a las trampas de sus propias lógicas.

Autoritarismo, festividad, erotización de los espacios laborales, también dan paso a la camaradería entre hombres y mujeres.

La organización del trabajo en las empresas —trabajo intensivo mediante el salario a trato— crea *un sistema de competencia entre las mismas mujeres, factor que convive con la solidaridad laboral y la complicidad entre pares*.

Por el hecho de que las mujeres controlen simbólica y numéricamente los espacios laborales, también el propio sistema crea las condiciones para que las mujeres elaboren *mecanismos de resistencia que se conjuntan a este proceso de adaptabilidad competitiva e individuada*.¹⁵

En general, estos mecanismos de resistencia se dan como forma de contrarrestar el autoritarismo de las relaciones laborales frente a capataces, por permisos de descanso; frente a mozos y capataces, por el favoritismo que se practica con las mujeres más jóvenes y mejor dotadas físicamente en la entrega de cajas.

El cotidiano alterado y la familia en tensión

¿Cuáles son las características de la vida cotidiana de las temporeras de la fruta?

El cotidiano, comentaba hace algunos días Tomás Vasconi,¹⁶ es el mejor espejo crítico de la modernidad.

Mujer parcialmente fuera de la casa lleva a dislocamientos familiares: las viejas prácticas de la familia patriarcal campesina se ven tensionadas por la ausencia de la madre, lo que conduce a menudo al quiebre, la tensión a nivel familiar.

Del lado de las mujeres, un salario, una otra sociabilidad con sus pares hombres y mujeres, medios para la sobrevivencia diaria, tal vez algo más de poder en la familia (cuando la hay), dado el dinero y lo que sigue del dinero: mayor poder, mayor toma de decisiones, mayor libertad.

Mientras la salida a trabajar en primavera no desarticula la vida cotidiana en la medida en que lo hace el trabajo de verano, el packing introduce un dislocamiento profundo en el cotidiano de las mujeres, por los horarios, las horas extras, la presencia en los lugares de trabajo por la noche durante las vísperas de embarques, cuando los empresarios dependen de la productividad de las mujeres para el envío de los productos a los puertos de salida.

En general, las investigaciones realizadas y las demandas de las temporeras¹⁷ dan cuenta en forma elocuente de la inadecuación entre la modernización agraria y la situación laboral.

Junto al trabajo asalariado, las mujeres son las organizadoras del cotidiano, de la vida familiar, lo que las particulariza. Esto se traduce en que, durante los meses de trabajo, *las temporeras viven una fuerte tensión entre trabajo asalariado y trabajo doméstico*.

El aspecto más crítico de esta tensión es el problema derivado de la atención y cuidado de los hijos: la falta de una legislación laboral y de un sistema de fiscalización que asegure la existencia de salas cuna para niños menores a dos años (lo que está normativizado, pero no siempre se cumple) y la carencia de servicios escolares o de otro tipo que aseguren a las mujeres el cuidado de los niños mientras trabajan, ya que los horarios de la escuela en primavera son cortos, y durante el verano los niños se encuentran en vacaciones.

Esta tensión es expresada por las mujeres como culpa por salir a trabajar y dejar a los hijos abandonados a la suerte de la calle, los accidentes caseros, la delincuencia y la drogadicción.

Tal situación expresa la *renuencia de la familia a modernizarse*, vale decir, a alterar la tradicional división sexual del trabajo entre hombres y mujeres, ya que el cuidado de los niños permanece en mujeres que reemplazan a la madre que sale a trabajar (parientes, vecinas, hermanas, abuelas).¹⁸

El reemplazo de la mujer que sale a trabajar por otras mujeres habla de cómo alrededor de los hogares se construyen redes de mujeres, de parientes, de vecindario, entre grupos étnicos, madres-hijas, abuelas, hermanas. En este escenario emergen las vecinas del barrio que, de invierno en invierno, vuelven al gesto recurrente de la “olla común” y, en fin, un conjunto de interlocutores y de problemas que, en el escenario del mundo laboral moderno no sólo están personificados en el Estado, el sindicato y la empresa, sino en la escuela, la guardería, el vecindario, la familia, el parentesco...

Paralelamente a esta incorporación de las mujeres al trabajo, fruto de la integración de la economía chilena al mercado mundial, ¿se dan prácticas comunitarias —femeninas— de apoyo y ayuda recíproca entre mujeres?

¿Se trata de un “revival” comunitario frente a las resistencias de la familia y las normativas laborales —el Estado— a modernizarse?

Esta privatización de las estrategias sociales se debe a las deficiencias en los sistemas de fiscalización y a las mismas limitaciones de la legislación laboral existente.¹⁹ Por otra parte, no existen políticas sociales ni educacionales que aseguren a las mujeres una mayor permanencia de los niños al cuidado del sistema educativo o recreativo.²⁰

Corolario de mutaciones culturales y de las cuentas pendientes de la modernidad, la vida de las mujeres transcurre así entre las rémoras del tradicionalismo —los mismos asuntos domésticos de siempre—, y las empresas “de punta” que miran los escaparates del mercado.

Calle, camino, empresa, familia, nuevas relaciones entre hombres y mujeres, sexualidad, horarios y pesticidas, una convivencia entre Eros y Tánatos, bajo la modernidad.

NOTAS

1. Entrevista a temporera en Fernando Echeverría et al., *Añoranzas, sueños y realidades. Dirigentes sociales hablan de la Transición* (Santiago: Ediciones SUR, 1991).

2. Ximena Valdés, *Mujer, trabajo y medio ambiente. Los nudos de la modernización agraria* (Santiago: Ediciones CEDEM, 1992), pág. 93. Este 5,6 por ciento corresponde al análisis de datos censales del Censo Agrícola Ganadero de ese año; debido a la subestimación censal del trabajo femenino, esta proporción debió haber sido más alta.

3. Sylvia Venegas, “Mercado de trabajo de la fruta en Chile”, Informe de Investigación (Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano/GEA, 1991), pág. 255.

4. La proporción de trabajadores permanentes respecto de los temporales en la fruta se ha estimado en 25 por ciento. Entre los permanentes hay sólo hombres, aparte una ínfima proporción de secretarías en tareas administrativas de las empresas. Su número se ha estimado en 41 mil, mientras el número de temporeros se ha estimado en 210 mil. Si aplicamos la proporción de mujeres que se encontró en esta misma investigación, el número de temporeras mujeres superaría las 100 mil. Venegas, op. cit., págs. 132 y 255. Las centrales sindicales en los años ochenta estimaban el número de mujeres temporeras entre 70 y 100 mil.

5. Ximena Valdés, “La feminización del mercado de trabajo agrícola en Chile Central”, en *Mundo de mujer: continuidad y cambio* (Santiago: CEM, 1988).

6. Comienzo de la exposición de un grupo de temporeras a autoridades del Ministerio de Trabajo y Salud en el Cabildo organizado por la Red Mujer y Trabajo, en la Municipalidad de Santiago, Quinta Normal, el 5 de octubre de 1992.
7. Pascal Byé y J. Pierre Frey, "Le modèle chilien à la lumière de l'expérience des pays de L'Aséan" (Grenoble: Université de Grenoble, 25 Août 1992).
8. Alvaro Díaz, "Nuevas tendencias en la estructura social chilena (Asalarización informal y pobreza en los ochenta)", en *Proposiciones* 20 (Santiago: Ediciones SUR, septiembre 1991).
9. Venegas, op. cit., pág. 149.
10. Estrella Díaz, *Investigación participativa acerca de las trabajadoras temporeras de la fruta* (Santiago: Canelo de Nos, 1992).
11. En términos más generales, según datos de la Encuesta CASEN, Mideplan 1990, el 17,8 por ciento de las mujeres y 16,7 por ciento de los hombres asalariados no poseen contrato de trabajo. Esta proporción es más alta en los tramos de menores ingresos y, en el sector rural, superior a 33 por ciento en las mujeres y a 25 por ciento en los hombres. Respecto de la falta de previsión, esta encuesta reveló las mismas tendencias: mayor desprotección de las mujeres, mayor desprotección en los tramos de ingresos inferiores y en el sector rural. *Como conclusión de estos datos, la situación de precariedad es más grave en las mujeres y en los sectores rurales.*
12. Los problemas de salud que se gestan durante la temporada de trabajo se manifiestan después, cuando la trabajadora está fuera del sistema previsional. Las enfermedades provocadas por el trabajo no son, en su mayoría, reconocidas como laborales.
13. Ximena Valdés, *Mujer, trabajo y medio ambiente. Los nudos de la modernización agraria* (Santiago: Ediciones CEDEM, 1992), págs. 119-123.
14. *Ibíd.*, págs. 214-219.
15. La adaptabilidad de las mujeres no sólo implica competir en el lugar de trabajo —por los favores de los capataces y mozos, por ejemplo—, sino también adaptarse a una doble jornada que repercute negativamente en el plano de la vida familiar, por las horas de ausencia de la casa. En la vida de barrios y vecindades, los hijos quedan a la deriva de la lógica de la calle. Como bien se señala, en la generalidad de los casos las mujeres son reemplazadas por otras mujeres en sus tareas domésticas, y este hecho da cuenta de otra de las resistencias —en los hombres, ahora— a los procesos de modernización y de cambios en las lógicas de funcionamiento familiar.
16. Vecino y amigo, sociólogo, investigador del PIIE.
17. Si analizamos los problemas, intereses, motivaciones y demandas de las temporeras, nos encontramos con que entre 1986 y 1992 se repiten los mismos problemas. Entre la experiencia de la Escuela de Mujeres Rurales que realizáramos en 1986-87, los cursos al Sindicato Interempresa de Santa María, Aconcagua, dictados en 1989-90 y el Cabildo de Obreras de este año organizado por la Red Mujer y Trabajo (Santiago, octubre 1992), los papelógrafos que elaboran las mujeres aluden a los mismos asuntos. Esto muestra que no ha habido ningún cambio en este período en lo que a legislación laboral concierne.
18. Díaz, op. cit. pág. 114; y Venegas, op. cit., págs. 286 y ss.
19. Las propuestas de modificación a la legislación existente (modificación del Plan Laboral de 1979 realizada por el Gobierno de la Concertación en 1991) hechas por el Sernam son aleatorias y consisten en limar las asperezas más visibles de las condiciones de trabajo: "Si las trabajadoras no tienen dónde alojar, deberá proporcionárseles alojamiento adecuado e higiénico. Deberá brindárseles condiciones adecuadas e higiénicas para mantener, preparar y consumir alimentos e, incluso, darles la alimentación cuando no sea posible adquirir comestibles en las cercanías de la faena. Deberá transportar a las trabajadoras en forma segura y adecuada hasta el lugar de las faenas, cuando no existan medios de transporte públicos" (Sernam, "Un nuevo trato en el trabajo. Reformas al Código del Trabajo propuestas por el Sernam". Santiago, sin fecha).
20. A contar de 1990, el Sernam comenzó a coordinar la implementación de una serie de guarderías para temporeras. A pesar de que esta labor de coordinación significó poner en común la experiencia de temporeras organizadas, de ONGs, de la Junaeb, Junji, Minsal, Integra, etc., los resultados son magros respecto de la cantidad de niños en guarderías de verano, si consideramos que la dotación de temporeras sobrepasa a las 100 mil mujeres. En la temporada 1990-91 se implementaron ocho guarderías —de las cuales algunas ya venían funcionando—, con una cobertura de 341 niños; y en la temporada 1991-92, 22 guarderías con una cobertura de 2.686 niños. *La Nación*, 22 de septiembre 1992, p. 11; y Sernam, "Programas de atención educativo-recreativos para hijos de mujeres temporeras", Documento de Trabajo, septiembre 1991.